

herido un hermano suyo, lo hubieran conseguido con facilidad, si al ver á algunos indios de Guazamota que andaban con el gobernador no hubieran creído que venia sobre ellos todo el poder de los españoles. Este error salvó la vida al buen cacique; pero de aquel pequeño incendio habian saltado algunas chispas á la Mesa del Cangrejo que soplaban uno de los principales caciques. Deciales que en la Mesa del *Tonati* no habian quedado sino doce ó catorce españoles habitando en casas pajizas, que era muy fácil apoderarse de sus personas y del puesto. Estos rumores se avisaron á la Mesa, y á pocos dias se apagaron enteramente con la venida del gobernador. Se dió orden de que pasara á Quaimaruzi el capitán D. Cristobal de Muro y el alférez D. Nicolas García para hacer entrar en su deber aquellos pueblos. Pocos dias despues, habiendo ya dejado en forma de pueblo la Mesa del *Tonati*, á quien se dió el nombre de la Santísima Trinidad, partió el gobernador y en su compañía el padre Antonio Arias, para el sitio de Quaimaruzi. Como á doce leguas de la Mesa, sobre el mismo camino, habia dos numerosas rancherías de que se formó el pueblo de Santa Gertrudis. Bautizó el padre cerca de doscientos párvulos y mas de ciento en Santa Teresa de Quaimaruzi, donde pasó despues para dar la última mano á aquella poblacion, que muy contra la esperanza, se halló en una suma tranquilidad y perfecta armonia. El *Tonati*, que desde su vuelta á México no se habia puesto en presencia de los españoles, habia pasado por aquellos dias á la Mesa del Cangrejo. Aquí, por medio de algunos caciques fieles y deudos suyos, fué fácil persuadirle que pasara á verse con el gobernador y con los padres: vino en efecto y fué recibido con muestras de especial estimacion. Se excusó cortesmente de no haberse juntado con los nuestros en tiempo del avance por el riesgo que corria su vida entre unos hombres obstinados que jamás quisieron acceder á sus consejos de paz. Dijo que estaba pronto á instruirse y bautizarse, y probó desde luego la sinceridad de sus espresiones ofreciendo al santo bautismo cuatro párvulos hijos suyos.

Con este suceso tan feliz se creia ya pacífica y asegurada del todo la posesion de aquellas sierras, y el gobernador, con licencia que habia obtenido del Sr. virrey, resolvió dar una vuelta á su casa, donde le llamaba la urgencia de sus negocios domésticos. Breve se conoció lo que podría prometerse de la inconstancia y estupidez de aquellos bárbaros. Sabiendo que con el gobernador faltaban tambien de la provin-

cia los mas de los oficiales, y aun muchos de los soldados é indios amigos que ya no se juzgaban necesarios, comenzaron á hacer juntas secretas en la ranchería de D. Alonso, cercana al rio de Santiago. Este cacique revoltoso se ofreció á ir personalmente á solicitar la alianza de los tobosos; y efectivamente llegó á ponerse en camino, aunque por saber que andaba en campaña el gobernador de la Nueva-Vizcaya se retiró sin algun fruto. Aumentó los recelos la muerte que dieron á un español, bien que despues se supo haber sido provocados los nayaritas por aquel mozo inconsiderado, que habiendo tomado dos caballos de un indio, quiso aun defender con las armas el hurto y ultrajar, como suele acontecer, al indio.

El cacique D. Alonso envió por este mismo tiempo á solicitar para la rebelion al pueblo de Sta. Gertrudis; pero descubiertos los discursos sediciosos del enviado por el alférez D. José Carranza y Guzman, pudo sufocarse en sus principios. A tiempo que el cacique D. Alonso andaba mas diligente en sus negociaciones, llegó á la sierra el gobernador. Con su venida, cayeron todos sus perversos designios, y temiendo no poder evitar el castigo que merecia su obstinacion, tomó el partido de acogerse á la clemencia de los padres. Bajaban estos á recibir al gobernador, cuando les salió impensadamente al camino, pidiendo que le obtuviesen el perdon que no osaba pedir por sí mismo. Alcanzado, no sin dificultad, y remitido un salvo conducto, pasó con toda su familia á la Mesa ó pueblo de la Santísima Trinidad. A la reduccion de este bárbaro (que no tra de poca importancia) se añadió la formacion de un nuevo pueblo en Guazamota, á quien se dió el nombre de S. Ignacio. Se fundó por la mayor parte de nayaritas refugiados en *Huavimique*, de donde los sacó la prudencia y valor del capitán D. Cristóbal de Muro. Despues de una ligera controversia sobre division de territorios, se adjudicó al Nayarit, y el mismo alcalde mayor de Ostotipac D. Agustin Fernandez, dió jurídica posesion al padre José de Mesia, que poco ántes habia llegado á México. Solo quedaban aun por reducir los *tecuales*, nacion distinta de la cora; pero que habitaba tambien el territorio del Nayarit, y no daba muestras de querer rendirse á la obediencia del rey. Pasó allá el gobernador á la mitad de junio. Los tecuales atemorizados, se retiraron, unos al pueblo de Tonalizco, otros á lo mas áspero de las quebradas; pero sacados con facilidad, se redujeron á los pueblos de S. Pedro y S. Juan Bautista, á los que solo divide el rio de S. Pedro, y son el término de

la provincia ácia el Norte. Cerca de estos, se fundó cuasi inmediatamente el del Rosario, cerca de Tecualoyan, á quien divide el de S. Juan el rio Coyonqui.

1722.

Tal era el estado de la provincia del Nayarit á la mitad del año de 1722. Poco ántes se habia abierto en la provincia el nuevo pliego de gobierno en que venia señalado provincial el padre José Arjó. Uno de sus primeros cuidados fué enviar á la Habana algunos sugetos para la fundacion de aquel colegio. Despues de cuasi tantos años de pretension, como llevaba de fundada la provincia, no habia podido la Compañía condescender á la constante aficion de aquella ciudad. Ella fué la primera en esta América, donde tuvieron residencia fija los jesuitas despues de desamparada por la indomable fiereza de sus naturales la península de la Florida. En ella se mantuvieron por ocho años, mientras se hacian repetidas instancias al rey y á los superiores de la Compañía para la licencia de fundacion. No permitiéndolo entónces la pobreza del vecindario, se resolvió el padre Pedro Sanchez á sacar de allí á los padres, no sin grande sentimiento de toda la república. Se puede decir con verdad que no pasó en estos ciento cincuenta años jesuita alguno por aquel puerto sin que se procurase detenerlo y darle algun establecimiento. Por los años de 1643, con ocasion de pasar á Roma el padre Andrés Perez de Rivas, significando por orden del padre provincial Luis Bonifaz lo agradecido que se hallaba su reverencia y toda la provincia, á los esfuerzos con que solicitaba la Compañía aquella noble ciudad, se juntó cabildo, en que á 30 de marzo se instó de nuevo á S. M. por la licencia. Por los de 1656, habiendo el padre Eugenio de Loza renunciado á favor de nuestra religion unas posesiones de casas que en aquella ciudad tenia frente de la iglesia parroquial, el padre Andrés de Rada, señalado para visitar el colegio de Mérida, tuvo orden de pasar á la Habana. En cabildo junto en 6 de abril propuso el procurador general los gravísimos motivos que habia para solicitar de nuevo la fundacion de un colegio, estendiéndose en diversos capítulos muy honoríficos á la Compañía, y promoviendo el grande interés y utilidad de toda la isla. En atencion á esto, se resolvió suplicar al padre Rada quisiese detenerse en el puerto mientras se tenia respuesta de la corte y del padre provincial de México, á quien al mismo tiempo escribian. En efecto, con fecha de 5 de julio representaron á S. M. la importancia de la fundacion, ofreciendo, fuera de las limosnas ya prometidas, competentes tierras para la fábrica de un in-

gênio de azúcar. Fueron, tanto de Madrid, como de México, favorables las respuestas; sin embargo, no siendo suficientes las rentas, el maestro de campo D. Juan de Salamanca, caballero del orden de Calatrava, gobernador y capitan general de la isla, en 4 de noviembre de 1658, propuso al cabildo que destinase dos comisionados encargados de cobrar las limosnas prometidas y juntar otras de nuevo. Hizose así; pero por mucho calor que intentó dar al negocio aquel noble caballero deseoso de que en su gobierno se fundase el colegio, no pudo conseguirse la renta suficiente. Repitióse esta diligencia por los años de 1682; pero tuvo siempre el mismo éxito. No por eso desmayaron los conatos de la ciudad, ántes crecieron mucho mas á fines del siglo, animados con el ejemplo y aprecio singular que hacia á los jesuitas el Illmo. Sr. D. Diego Evelino de Compostela.

Habia ya juntos para la fundacion como diez y seis mil pesos, en virtud de lo cual, determinó el celoso pastor escribir al padre general Tirso Gonzalez. Su paternidad muy reverenda, con fecha de 11 de julio de 1699, respondió agradeciéndole, como debia á su ilustrísima, la singular estimacion con que miraba á nuestra misma Compañía; pero representándole que la cantidad prometida, aun cuando llegara á cobrarse, no era suficiente para la fundacion: que un colegio en la Habana tan distante de cualquiera de las provincias de México ó Santa Fé, á que pudiera agregarse, no se podia mantener en observancia y disciplina religiosa sin competente número de sugetos, ni estos conservarse con el decoro y desinterés que en sus ministerios observa la Compañía sin rentas suficientes. Estas mismas razones movieron al padre general para no condescender con su ilustrísima en la súplica que tambien le hacia de que se fundase un hospicio. No era hombre el Sr. Evelino que pudiera desconocer el peso y fondo de estas razones. Sin embargo, firmemente persuadido á que la obligacion de su cargo pastoral le acompañaba á pretender la fundacion de un colegio y á procurarse unos coadjutores fieles que le aliviassen el peso de la mitra, intentó de nuevo que á lo ménos en mision de tiempo en tiempo se enviassen algunos jesuitas, ó cuando así no fuese, se le concediese siquiera alguno de los padres á quien tener siempre al lado para confesor y consultor de sus dudas. Esto último, pareció que no se podia negar al afecto y ruegos de prelado tan venerable. Por tanto, se enviaron de México á principios del año de 1705 los padres *Francisco Ignacio Pimentia* y *Andrés Resino*. Cuando llegaron, habia ya fallecido el vene-

rable obispo, dejando comprado un solar, que eran chozas de pescadores y formadas de horcones y palma, que allí llaman *guano*, una hermita dedicada á nuestro glorioso P. S. Ignacio. Tomaron los padres posesion jurídica de dicho solar, hermita y sus alhajas en 11 de mayo con caucion de restituir al colegio Seminario de S. Ambrosio, lo que constaba del inventario, si no se obtenia la pretendida licencia. Las dificultades no parece que hacian sino inflamar mas el ánimo de aquellos ciudadanos. Informado el marqués de Casa Torres, gobernador y capitán general de aquella isla, del estado de la pretension en noviembre de 1713, hizo concurrir á todas las personas que sabia haber ofrecido, y les hizo poner por escrito, y firmar en su presencia lo que cada uno prometia. La Compañía, de su parte, para corresponder á los deseos de la ciudad, hizo en ella y en todos los lugares mas considerables de la isla una fervorosa mision por medio de los padres José Arjó y Fernando Reinoso, con grande satisfaccion del Illmo. Sr. D. Gerónimo Valdés. Este prelado habia sucedido al Sr. D. Diego Evelino, no ménos en la mitra que en la singular estimacion á la Compañía. Luego que volvió de su expedicion el padre Fernando Reinoso, instó su ilustrísima porque abriera estudios de gramática, pero duraron poco. El padre provincial Alonso de Arrevillaga, hallándose al fin de su gobierno, y no viendo forma de asegurar aquella fundacion, mandó retirar á los padres á pesar de las instancias de la ciudad y del Sr. obispo, que se mostró muy sentido de aquella providencia.

Acontecieron estas cosas por los años de 1714. Ya por este tiempo habia movido el Señor el ánimo del piadoso eclesiástico D. Gregorio Diaz Angel para tomar sobre sí la fundacion del colegio. No igualaba el caudal á los deseos, y así tuvo muy callados sus designios, mientras el Señor le abria camino para una obra de tanta gloria suya. No le engañó su confianza: andaba en estos pensamientos, cuando un caballero que le era deudor de alguna cantidad (aunque no muy crecida) viéndose perseguido de otros muchos acreedores, llegó á ofrecerle una hacienda de ganado mayor, y habiéndole instruido del valor de ella, que excedia en mucho á la cantidad de su crédito, la recibió con ciertas condiciones, persuadido desde aquel mismo instante que Dios queria servirse de él para la ereccion del colegio, y resolviéndose desde luego á consagrar á su Magestad todos sus bienes. Tuvo secreta esta resolucion mientras satisfacía sus obligaciones mas urgentes. Luego que se halló desembarazado, comunicó sus designios al Sr. D. Pedro

Morel de Santa Cruz, entónces provisor y vicario general de aquella diócesis, y ahora su dignísimo pastor, despues de haberlo sido de Nicaragua. Este señor, que nada habia mas deseado ni procurado promover aun con el Illmo. Sr. Valdés, lo animó á cumplir y poner en ejecucion sus deseos. Prontamente dió aviso al padre provincial, que justamente lo era el mismo padre José Arjó, quien como agradecido á la singular estimacion que en aquella ciudad se hizo siempre á la Compañía, y singularmente á su persona, y fiado por otra parte enteramente en el juicio, madurez y afecto del Sr. Morel, no dudó señalar luego á los padres José de Castrolid y Gerónimo Varaona: uno y otro eran muy propios para dar un gran crédito á la Compañía en las circunstancias de una nueva fundacion. Llegaron al puerto en ocasion bien favorable para hacer un gran fruto en las almas. Habia precedido pocos dias ántes, el 26 de julio, la furiosa tormenta y tempestad que hasta hoy se recuerda con horror el dia de Santa Marta. El mar, entrándose por la ciudad, parecia intentaba tragársela á cada golpe de las aguas, al tiempo que con truenos espantosos y rayos asustaba por todas partes el cielo. Los padres, aprovechándose del temor de que estaban sobrecogidos los ánimos, predicaron con tanto espíritu y fervor, que jamás se habia visto semejante conmocion. A vista del celo apostólico de los operarios, el celoso pastor depuso bien presto aquel amoroso sentimiento que le causó la resolucion del padre provincial. Se aplicó á fomentar con el mayor esmero unos operarios tan útiles. Mandó que en la parroquial se les diese todo favor para el ejercicio de sus ministerios, mientras obtenia la licencia del rey y levantaban propia iglesia, lo que veremos á su tiempo.

En la misma ocasion en que llegó á Nueva-España el pliego del gobierno, le vino patente al padre Juan Antonio de Oviedo, rector del colegio del Espiritu Santo, para visitador de la apostólica provincia de Filipinas, para donde salió el 10 de marzo de 1723. Los principios de este año, fueron á nuestra provincia bastante gloriosos por el nuevo favor que se dignó hacer á su escuela y maestros la real y pontificia Universidad de México. Citados por una cédula *ante Diem* los doctores y maestros de ella para claustro pleno el dia 28 de enero el Dr. D. Pedro Ramirez del Castillo, como rector que era, propuso en un breve y discreto discurso varias razones y fundamentos sobre que se informase y pidiese á S. M. C. cátedra de teología para la Compañía de Jesus en dicha real Universidad. Conferida entre los votantes la ma-

teria, salió resuelto por todo el claustro, se suplique á S. M. se conceda á la Compañía y su escuela cátedra de teología, dejando á la justificación del rey, como dueño soberano de sus estados, y sobre ellos determinar la hora de la lectura, la obligacion de los estudiantes que deban cursarle, el grado, estipendio y turno del catedrático, &c. Añadieron los doctores D. Juan Ignacio Castorena, despues obispo de Yucatán, D. José de Soria y D. Juan Rodriguez Calado, que determinadamente se pidiese al rey cátedra del exímio Dr. padre Francisco Suarez; pensamiento que siendo rector D. Juan Miguel Carballido, ya se habia propuesto tratándose de la cátedra del sutil Escoto que pretendió la seráfica religion de S. Francisco. Determinó asimismo el claustro que de esta pretension y determinacion se diese cuenta á la parte de la misma Compañía, para la cual nombró el Sr. rector por comisionados á los doctores Castorena y D. Márcos Salgado. El éxito feliz de esta pretension se verá pocos años adelante. En el mismo mes de enero, falleció en el colegio máximo el hermano Juan Nicolás, natural de Villaromancos, en la diócesis de Toledo. Ejercitó por treinta y ocho años el oficio de procurador con una exactitud y actividad, con un despego de todo lo temporal, y al mismo tiempo con una religiosidad y una observancia regular, que era la admiracion aun de las personas mas autorizadas, que se veia obligado á tratar por razon de su oficio. En los gravísimos negocios que manejó por tantos años, jamás se le notó alguna violencia ó alteracion en las palabras ó en el semblante; jamás se le escapó alguna que pudiese ofender la caridad. Dotóle el cielo de una rara espedicion para desenredar los negocios mas enmarañados, con tanta claridad y precision, que con pocos renglones no dejaba que hacer á los abogados, como ellos mismos lo confesaban. De esta suerte, jamás perdió pleito alguno de cuantos se le ofrecieron, porque no entraba en ellos sino cuando tenia entera y cabal satisfaccion de la justicia de su causa. En lo doméstico, su retiro, su aplicacion á los ejercicios humildes de su estado, cuanto se lo permitian sus ocupaciones, su constancia en la oracion, exámenes y leccion espiritual, era de suma edificacion. Murió con admirable quietud el dia 2 de enero.

A 2 de diciembre del mismo año, falleció en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla el padre *Juan Carnero*, natural de México, varon de extraordinarios talentos, y uno de los mas aplaudidos oradores de su tiempo. Debíó á la Santísima Virgen no solo la prontitud y viveza

de ingenio, siendo ántes tenido por estremamente rudo, sino la vocacion á la Compañía, despues de una aversion y fastidio tan natural, como innato á los jesuitas, que nunca habia podido tratarlos sin hacerse violencia. Se consagró enteramente al culto de la Santísima Virgen en la prefectura de la congregacion del colegio de la Puebla, á la que agregó la de la *Buena Muerte*, erigida con autoridad apostólica. Dejó en ella dote para tres huérfanas, que salen anualmente el dia de la Visitacion, y la enriqueció de otras muchas cosas, siendo en lo personal tan pobre que llegaba á faltarle á veces aun el ordinario desayuno. Dirigió á la mas alta perfeccion muchas almas; aseguró en los monasterios y en honestos matrimonios la castidad de muchas doncellas pobres; y como aseguró un padre que lo acompañó por muchos años, jamás salió á otras visitas que á buscar dotes ó capellanías para estudiantes pobres, á interceder por presos ó por esclavos fugitivos y otras obras de caridad. Llamábase frecuentemente para su abatimiento el *hijo del pintor*, contrapesando con este arte el grande aprecio que se le tenia en toda la ciudad por su virtud y literatura. Predijo muchas veces las cosas futuras con la luz de la oracion, en que tal vez le hallaron enteramente arrebatado. Entre ellas, habiendo comenzado á predicar la novena de S. Francisco Javier, que llamaba la mision, afirmó que el dia del Santo estaria en la iglesia, pero llevado en hombros ajenos, como efectivamente aconteció. Hizo el oficio sepulcral el dia de su entierro el Sr. D. Francisco Javier de Vasconcelos, canónigo entónces, y dean despues de la Santa Iglesia de Puebla. La congregacion, fuera de la costumbre de la Compañía le hizo de allí algunos dias unas ruidosas exéquias, con elogios é ingeniosas poesías, y sermon que predicó el padre Joaquin de Villalobos. Autorizáronlas con su presencia el Illmo. Sr. D. Juan de Lardizábal, entrambos cabildos y religiones, y cantó la misa el Illmo. Sr. Dr. D. Diego Felipe Gomez, obispo de Oaxaca, y entónces arcediano de aquella Santa Iglesia.

En las misiones de California todo procedia con felicidad, adelantándose cada dia los pueblos en instruccion y policía. El padre Everardo Helen, misionero de Guadalupe, fué sin embargo, el que mas trabajó en este año y el antecedente por las calamidades de hambre y dos consecutivas pestes que afligieron á su rebaño. Al Nayarit, para la asistencia de las nuevas poblaciones se enviaron este año los padres Manuel Fernandez, que se encargó despues del pueblo de Santa Rosa, Urbano de Covarrubias y Cristóbal de Lauria. A fines del año, se

Muerte del P. Juan Carnero en Puebla, varon singular.

divulgó sin saber el origen ó motivo, un rumor falso de que se habian visto indios tobosos en las fronteras de la provincia. Fácilmente dieron crédito y aun mayor cuerpo á esta voz algunos mal contentos, ó por el deseo que tenian de aquel socorro ó por causar inquietud á los españoles, y ver si podian con este motivo sacar de la provincia al gobernador, que poco ántes habia vuelto de su casa. En efecto, consiguieron almarle, de suerte, que sin ser bastantes á desengañarlo las razones que se alegaban, hubo de ponerse en camino á reconocer las fronteras. Esta ausencia dió ocasion de nuevas juntas á los inquietos, y de forjar una conspiracion que pudo ser la ruina de toda aquella cristiandad, como veremos despues de haber referido lo que por este mismo tiempo pasaba entre los pimas. Acababa de llegar de vuelta del Nuevo-México el capitán D. Antonio Becerra, que habia muchos años comandaba el presidio de Janos. Confina con el Nuevo-México por el Norte la provincia de *Moqui*, y se creia estenderse por Poniente hasta muy cerca de la Pimería. Este pais, desde ántes del año de 1681, en que se rebelaron las naciones del Nuevo-México habia sido el objeto de las ansias de muchos misioneros apostólicos del orden de S. Francisco. De parte de S. M. C. por medio de los Sres. vireyes se habian hecho cuantiosos gastos para reconquistar lo perdido, y atraer á la obediencia del rey aquella region de Moqui, que les servia de amparo y refugio. El capitán Becerra, estando sobre aquellos mismos lugares, procuró informarse de los motivos que tenia aquella nacion para no reducirse á la obediencia, y de los medios que podrian tomarse para hacerla entrar en su deber. Entre otras cosas, supo que los moquinos habian deseado desde mucho ántes misioneros *prietos*, (que así llamaban á los jesuitas) y que habiendo tenido tanta parte en la sublevacion del Nuevo-México, en que habian muerto tantos religiosos franciscanos, habian cobrado grande horror á los del mismo hábito, quizá por la memoria de su delito, ó porque temiesen irracionalmente que aquellos padres no habian de dejar de vengarse. Ello es cierto, que por los años de 11 y 12 habian estas mismas naciones por medio de otras mas vecinas, solicitado al padre Agustín Campos, misionero de S. Ignacio en la Pimería para que pasase á sus tierras. El obediente y celoso jesuita pasó la noticia á sus superiores; pero ni el padre visitador Andrés Luque, ni el padre provincial Antonio Jardon, lo tuvieron por conveniente por no entrar en controversias con los religiosos franciscanos, que de tantos años ántes cultivaban aquellas re-

giones con el sudor y aun con la sangre. El capitán Becerra, vuelto á Janos, y creyendo ser de su obligacion dar noticia al Sr. virey de un medio tan fácil, y tan nada costoso para la conversion de aquellas perniciosas naciones, informó largamente al Exmo. Sr. marqués de Casafuerte, que desde el año antecedente habia sucedido al marqués de Valero. Añadia el modo con que esto podia efectuarse sin nuevo gasto de la real hacienda, sacándose los soldados de cada uno de los presidios vecinos, y encaminándose, no por el Nuevo-México, sino por la Pimería, donde pasado el rio Gila por el de la Asuncion, podian penetrar en tres ó cuatro dias de camino hasta las fronteras de Moqui: que los apaches que podian inquietar la marcha eran mucho ménos temibles por este rumbo que por otro alguno; y que finalmente podian llevar consigo al padre Agustín Campos y algun otro de los misioneros jesuitas, que por sus continuos viages hasta las orillas del Gila tenian mas noticia de aquellas regiones. El marqués de Casafuerte trató el negocio con los superiores de la Compañía; pero permaneciendo siempre la misma razon aun cuando accediese todo el peso de la autoridad de su excelencia, no pareció conveniente dar el mas leve motivo de sospecha á los celosísimos operarios de aquella viña. El dicho padre Agustín Campos, que á principios de este año se hallaba en el colegio de S. Andrés, presentó á su excelencia un exacto informe del estado de la Pimería, donde habia trabajado por espacio de treinta años continuos, de los rumbos y naciones por donde podian estenderse las conquistas. Pretendia la fundacion de una villa en las orillas del Gila y nacion de los sobaipures, por donde desagua el rio de *Terrenate*, prometiéndole en nombre del padre provincial no pequeños socorros de ganados, semillas y utensilios para cien familias pobladoras. Tocaba, aunque muy ligeramente, la entrada de la provincia de Moqui, y concluia pidiendo dos misioneros para la Pimería, donde habia de volverse cuanto ántes. Estos grandes proyectos, no ejecutados por entónces, se han visto reputados por necesarios en estos últimos años en que las poblaciones de las riberas del Gila y otros medios mucho más fáciles entónces que proponian los misioneros, se tratan de ejecutar con calor. Los dos misioneros no vinieron á concederse sino despues de algunos años. En la nueva cristiandad del Nayarit, vuelto ya el gobernador de su infructuosa expedicion contra los tobosos, se creia todo muy tranquilo, cuando en el dia 1.º del año de 1724, comenzaron á brotar las primeras

Rebelion de los nayaritas.

centellas de la conspiracion que habian premeditado tiempo ántes. Se observó aquel dia un extraordinario concurso de nayaritas á la Mesa, que á algunos mas cautelosos ocasionó algunas sospechas. Crecieron estas viéndolos formarse en pequeños corrillos y hablarse con voz mas baja y circunspeccion; sin embargo, se atribuyó su número á la solemnidad del dia, y sus conversaciones á grosera curiosidad mezclada de respeto. No tardaron mucho en desengañarse de este errado juicio. Aquella misma noche desaparecieron del presidio y del pueblo todos los indios, tanto, que á la mañana se hallaron solos en toda la Mesa los soldados, y los padres Juan Tellez Giron y Urbano Covarrubias: ya no se dudó de los malos designios de los serranos. Por otra parte, los del pueblo de Santa Gertrudis habian ya prorrumpido en una abierta conspiracion con muerte de su cacique D. Domingo de Luna que habitaba en Santa Teresa. Este indio fiel habia venido pocos dias ántes á informar al gobernador de la mala disposicion que habia observado en sus gentes. No se le dió entero crédito, atribuyéndolo á nimia desconfianza; solo le mandó el gobernador que pasase á la Mesa su familia. Yendo á ejecutarlo la noche del 2 de enero le cercaron la casa, donde despues de una larga resistencia, muerto el capitán de los mal contentos, y heridos algunos, hubo de ceder á la multitud y caer á las flechas de mas de cien hombres que peleaban contra uno solo. Con esta noticia salió prontamente el gobernador para la Mesa del Cangrejo, donde se decia haberse hecho fuertes los amotinados; se halló sin ellos, y mandó luego un cabo con veinticinco hombres al pueblo de Santa Gertrudis con orden de transportar á la Mesa las imágenes y vasos sagrados, y provisiones de guerra y boca que hallasen en el presidio y casa del misionero. A la vuelta, el dia 5 de enero, en un lugar estrecho y escarpado, les acometieron los bárbaros, mataron á uno, hirieron á otros, de los que cayeron en la Celada los primeros. Los demas, avisados de los tiros, se pusieron en arma, abandonando las cargas: duró algun tiempo el combate: heridos siete de los nuestros y algunos nayaritas, y muertos tres, cayeron en sus manos algunas de las cargas, de que se aprovecharon, profanando todo lo sagrado. En Santa Gertrudis, Santa Teresa y el Rosario, quemaron las iglesias: hubieran hecho lo mismo en la Mesa del *Tonati*, á no estar allí el principal presidio. Los habitantes siguieron el ejemplo de los demas inquietos y llevando cuanto podian cargar, tomaron el camino de la Nueva-Vizcaya. El gobernador ocurrió á Zacatecas y á los reales vecinos por

socorro de armas y de gente que se envió con prontitud. Escribió asimismo á los tres misioneros de Jesus María, Peyotán y Guazamota, que se refugiassen á la Mesa para asegurar sus vidas. Los padres, como de concierto, respondieron que sus indios estaban quietos hasta entónces, que desamparándolos el pastor, acaso se descarrearían siguiendo las instigaciones de sus vecinos. Con efecto, fué cosa muy notable que de cinco pueblos en que habia entónces misioneros, solo se sublevaron los de Santa Gertrudis y Santa Teresa, cuyo ministro, el padre Urbano Covarrubias, estaba ausente en la Mesa, y los de la Mesa misma ó pueblo de la Trinidad, donde aunque asistia el padre Juan Tellez Giron, prevalecia sin embargo al amor que debian á la suavidad y dulce trato del misionero, el odio y abominacion con que miraban al gobernador y sus presidiarios. Así se vió que lo mismo fué salir el gobernador con su libre y codiciosa tropa ácia los confines de Durango en busca de los fugitivos, que venir ellos mismos á entregarse voluntariamente, envidiando la felicidad de los que descansaban á la sombra y amparo de los padres.

Vino este año la deseada licencia para el colegio de la Habana, en cuya atencion, á 7 de noviembre, se otorgó la escritura de fundacion por *D. Gregorio Diaz Angel*, renunciando este varon humilde el patronato en el gloriosísimo Patriarca Sr. S. José, cuyo título quiso dar á su colegio. Habitaban los padres en la isleta de Casas, situada entre la parroquial y el convento de Sto. Domingo, posesion que habia sido, como dijimos, del padre Eugenio de Losa, y que despues adjudicó á aquel colegio el padre provincial Andrés Nieto por los años de 1728. Los ministerios de confesonario y púlpito se ejercian en la parroquial. Se abrieron por este tiempo estudios de gramática: la clase era una pieza pequeña y baja, que servia ántes de cochera al Sr. obispo, y los cuartillos con que interrumpe el maestro sus lecciones, † salian á tenerse en la misma plazuela. Aunque con tanta incomodidad y pobreza no puede esplicarse bien con cuanta satisfaccion enviaban allá sus hijos las personas mas distinguidas, correspondiendo felizmente el aprovechamiento de los estudiantes, que hoy ocupan los primeros cargos de la república. Esta misma aceptacion y provecho comenzó á esperi-

† Entiéndase por cuartillos algunos cuartos de hora, en que los mas aprovechados estudiantes, repasan á sus compañeros las lecciones recibidas del maestro en la cátedra.